

Con quién

Me llamo Domingo y todas mis mañanas arrancan bajo el mismo guion. Cada día, antes de que el sol asome por completo, me encuentro descendiendo del auto de mi prima Francisca, quien amablemente me lleva al colegio en su ruta hacia la universidad. Esta travesía diaria suele estar adornada con charlas ligeras, abarcando desde trivialidades hasta comentarios sobre el clima. Sin embargo, esa mañana, el guion cambió inesperadamente.

—Espero que tengas un día excelente. Apúrate en agarrar tus cosas; no quiero llegar tarde a mi examen —dijo Francisca, iniciando nuestro ritual matutino con la familiaridad de siempre.

—Gracias por el viaje. Nos vemos en casa —respondí.

—Antes de que te vayas, ¿puedo preguntarte algo? Últimamente parece que estás distante. ¿Estás saliendo con alguien? —preguntó con una mezcla de curiosidad y preocupación.

La pregunta me tomó por sorpresa. Soy un defensor de mi privacidad y sé cuándo compartir las cosas y cuándo no. Sin embargo, decidí abrirme con Francisca.

—La verdad es que he estado hablando con alguien en línea. No es algo que suela compartir, pero sí, hay alguien —admití, sintiéndome algo vulnerable al revelar esa parte de mi vida privada.

Francisca me miró con una sonrisa comprensiva.

—Eso es genial, Domingo. Solo quería asegurarme de que estés bien. No tienes que contarme más si no quieres, pero recuerda que estoy aquí para ti —dijo, ofreciendo su apoyo incondicional.

—Gracias, Fran. Aprecio mucho eso. Y sí, estoy bien, de verdad. Es solo que todo esto es nuevo para mí —respondí, agradecido por su comprensión.

—Entiendo. Bueno, asegúrate de cuidarte y saber con quién estás hablando. Y recuerda, si necesitas hablar o pedir consejo, aquí estoy —concluyó antes de despedirse.

No logré dar ni dos pasos cuando reflexioné sobre lo sucedido. La conversación con Francisca había sido inesperada pero reconfortante. Me alegré de tener a alguien como ella en mi vida, alguien que, a pesar de ser mi prima mayor, se preocupaba genuinamente por mí.

Esa tarde hablaría nuevamente con la chica que había conocido en línea. Estaba hiperventilado, porque no sabía cómo dirigirme a una mujer. La conversación de la mañana me impulsó a buscar ayuda en mi prima, así que toqué su puerta.

—Va a sonar raro, pero necesito consejos. No sé cómo hablarle a una mujer.

—Vaya... De todas las personas, nunca lo habría pensado.

—¿Te incomoda? —pregunté, con la mano en la manija.

—No, claro que no.

Se sentó en la cama y me observó.

—No puedo enseñarte nada hasta que me digas qué sabes. Primero, relájate. Tu cuerpo está muy tenso. Segundo, ¿sabes besar? —me preguntó, provocando mi incomodidad.

—He... —balbuceé, sonrojado.

—Domingo, lo entiendo, por eso estás nervioso. Nunca has estado con alguien —sentenció Francisca.

—Patético —contesté.

Se levantó de la cama.

—No, de hecho, eso es lo que me gusta de ti. Tu inocencia, tu exceso de respeto hacia las mujeres. En resumen, eres un espécimen en peligro de extinción —se levantó de la cama y tomó mis manos—. Nunca has sentido esto. Tu corazón está muy acelerado, calma, Domingo, no es una carrera. Todo es un baile, desde las preguntas hasta las respuestas. Haz preguntas cliché: ¿Cuál es tu color favorito? ¿Cuál es tu comida favorita? ¿Te gustan los animales? ¿Cuáles? ¿Qué te gusta hacer en tus tiempos libres? ¿Qué tipo de películas te gustan? ¿Cuáles no? ¿Te gusta leer? ¿Qué música te gusta? Todas esas preguntas sirven, solo debes estar tranquilo, no ansioso. La conquista es un baile, paso a paso, lento pero firme, y lo más importante es saber cuándo debes abandonar el baile.

—Gracias.

Francisca me ayudó mucho con esa metáfora del baile, lo que me impulsó a hablar con alguien en línea llamada Bella.

—Hola.

No la vi llegar. Francisca entró y miró cómo iba.

—Domingo, así no —dijo, tomó el teclado y escribió.

—Hola, reina. ¿Cómo te gusta que te lo hagan?

La miré por un segundo.

—No dijiste que tenía que ser un baile.

—Sí, pero estás en un chat de citas, aquí hay que ser directo, pero también pícaro.

Estábamos hablando cuando ella contestó.

—Me gusta que me lo hagan lento y suave, sentir los labios que pasan por mi cuerpo mientras estoy recostada en un lugar cómodo, sentir cómo juegan entre mis piernas mientras tengo los ojos cerrados. ¿Y a ti?

Iba a contestar, pero Francisca respondió por mí.

—Me hiciste sudar. Me imaginé todo, cada momento, como si ambos estuviéramos ahí. A mí me gusta el juego de poder, donde la más experimentada toma control del cuerpo, mientras

ambos llegamos al máximo placer. Me gusta que me hagan de todo, me gusta cuando la mujer tiene más control; de esa forma, ambos nos relajamos y dejamos que fluya.

—Así que, ¿te gusta ser sumiso? —preguntó.

—Claro, es rico darle el control a la mujer, ¿no crees?

—Es raro para los hombres ceder el control en los momentos de mayor placer. Siempre son los primeros en tenerlo, y luego nosotras.

—Feliz de dejarte ser la primera en sentir el tener control, jugar con cualquier juguete que te gustaría. Estoy en llamas.

Miré a Francisca por unos segundos.

—Tengo muchos juguetes, si quieres experimentar, ¿podemos hacerlo? — Me dice

—Suenas una cita ardiente.

—Solo si quieres.

—¿Dónde?

Me mando una dirección y la hora, es ese mismo día. Miramos en el mapa. Era piola la zona.

—Ahora que tienes cita, veamos que te vas a poner.

Mientras Francisca elegía mi ropa, entré a la ducha y al salir me sorprendí.

—¿En serio prima? ¿Esta ropa? Bueno tú sabrás.

—Toma, para la vuelta. — me da parte su mesada.

Llegué a la dirección, pero no pude entrar al departamento. Simplemente me di la media vuelta y regresé.

Al volver a la casa, Francisca corrió a recibirme en pijama.

—¿Qué tal?

—Lo mejor.

—Bien —respondió sonriendo y corrió nuevamente a su habitación.

Yo me quedé un momento paralizado. “Al carajo”, pensé y entré a su habitación. Estaba sobre la cama. Me miró.

—¿Qué haces?

—Pagar mis deudas.

Me acerqué y la besé. Lentamente le quité la ropa, bajé la cabeza y le besé los pechos, lentamente mi lengua hizo su trabajo. Fui de a poco, ella no se quedaba atrás. Levantó mi polera y me la sacó mientras nuestros labios chocaban. Me quitó los pantalones. Se puso

encima de mí y le entregué el control. Con brazos estirados dejé que ella me hiciera de todo. Qué mejor sexo, qué primer sexo.

—Sigue, sigue, no pares, ¡ah dios mío!

Tocó mi pene y lo metió. Y ella comenzó:

—¡Eso, ha, ahí, ahí! ¡Justo ahí!

Ella saltó encima de mí con sus ojos cerrados, pero con todo el grito.

Cuando terminamos ambos sudando, sus palabras fueron:

— Eres una salvaje en la cama. El mejor sexo que he tenido.